

SUBDESARROLLO SOSTENIBLE

Nos hemos bautizado a nosotros mismos, en un acto de humildad sin precedentes, como Homo sapiens sapiens, es decir, nos creemos el doble de inteligentes que el resto de seres que nos rodean. Hemos sido capaces de inventar un sinfín de artilugios para mejorar nuestra calidad de vida, hemos llegado al espacio y desafiado a la gravedad y a la naturaleza y, ¿qué podemos concluir de esto? Lo primero, que es cierto que somos racionales y capaces de progresar y lo segundo, que somos al mismo tiempo el ser más inteligente y estúpido sobre la faz de la Tierra, el único que tira piedras sobre su propio tejado y que, como cualquier otro animal, vive el presente sin preocuparse del futuro pero, al contrario que ellos, no aprende del pasado.

El crecimiento económico es necesario pues se necesita dinero para hacer frente a los problemas pero en algún momento de la historia se nos fue de las manos. “Somos una sociedad poseída por el fervor de producir más para consumir más (...). Todo se vuelve cosa que se compra, se usa y se tira al basurero. Ninguna sociedad había producido tantos desechos como la nuestra” afirmó Octavio Paz en su discurso al recoger el Nobel de la Paz, y tiene razón.

Unos producen, producen y producen y venden, venden y venden para que otros compren, compren y compren, dejándose llevar por el consumismo y no por la necesidad. Si sabemos que contaminamos demasiado, que destruimos el medio que nos rodea para satisfacer nuestros caprichos, que deberíamos reducir las emisiones de gases contaminantes y poner en práctica todos aquellos conocimientos que nos llevarían por el buen camino, ¿por qué lo seguimos haciendo? ¿A quién le interesa? ¿Quién se beneficia de nuestros errores para con el medio ambiente? Desde las grandes superficies, pasando por las pequeñas empresas, que se benefician de que compremos por encima de nuestras posibilidades, hasta conferenciantes cuyos discursos tienen un marcado matiz político, interesados en la manipulación de masas y en lucrarse vendiendo demagogia y no en el medio ambiente y cuyas prácticas en la vida real no son nada coherentes con los principios del desarrollo sostenible.

Toda esta producción nos lleva a contaminar más de lo que el medio puede soportar y a agotar los recursos naturales, base de la vida, y si no hay base, no hay cima.

Además de abusar de los recursos naturales, somos capaces de trastocar la naturaleza, obligándola a que sea ella la que se adapte a nosotros, demostrando nuestro ingente poder sin pensar en el futuro. Hemos inventado los coches, aviones, etc. y con ellos el efecto invernadero; aprendimos a talar árboles y no nos conformamos con talar sólo uno, sino que dimos lugar a deforestaciones que pueden provocar inundaciones y un desgaste del suelo, y hemos llegado al espacio e incluso allí hemos hecho lo que mejor se nos da: contaminar, con la denominada basura espacial.

El desarrollo se apoya en el agua, el aire, la tierra y la energía. El agua resulta indispensable para el desarrollo de la vida y si es pura es renovable, pero podemos llegar a contaminarla de tal manera que llegue a ser hasta nociva. Las consecuencias de su contaminación se pueden introducir en la cadena alimentaria por medio de los peces con los que nos alimentamos. La contaminación del aire puede provocar desde irritación en los ojos hasta cáncer, pasando por el deterioro de edificios, la flora, fauna y lagos. Y

después de todo esto, nos sigue quedando tiempo para contaminar el suelo por medio de los fertilizantes, eso sin hablar de los residuos radiactivos.

Al igual que nos gusta que nuestra casa esté limpia y habitable, ¿por qué contaminamos sin pensar en las repercusiones?

La sustentabilidad implica límites en el empleo de fuentes y en la producción de residuos. ¿Cómo podemos hablar de desarrollo sostenible si no sabemos lo que son los límites?

Nosotros mismos, y no otros, somos los que hemos terminado con el equilibrio marítimo: hemos aumentado la temperatura del planeta y, con ella, la de los océanos. Entendemos los océanos como vertederos, como un baúl de fondo infinito en el que guardamos las pruebas de nuestros errores, nuestros secretos, como niños que esconden sus travesuras a los padres en cualquier rincón de la casa, salvo que aquí los padres son unos gobiernos que miran para otro lado. No tenemos tiempo que perder porque el tiempo es oro y lo demostramos con la pesca de arrastre: no importa lo que entre en la red ni qué tamaño tenga mientras se pueda vender, y se puede vender porque nosotros estamos dispuestos a comprarlo.

Pero en tierra firme también hay mucho que decir. Expertos en la extracción de jade blanco trabajan continuamente sin que las autoridades se lo impidan en el lecho del río Yurungkek. Otros ejemplos son los bosques que se talan para crear nuevos campos de cultivo, la deforestación provocada entre otros casos por la tala ilegal, la cual tiene su raíz en el hecho de que no haya suficientes personas evitándolo.

Necesitábamos controlar las plagas y para ello empleamos los plaguicidas. Es cierto que no podríamos vivir rodeados de mosquitos que transmitan enfermedades, pero, otra cosa muy distinta es que se usen los biocidas para terminar con la vegetación en zonas boscosas y de esta manera impedir que los enemigos en una guerra puedan ocultarse en ella como se ha hecho en zonas de Vietnam. Al no ser hidrosolubles se acumulan en el tejido adiposo dando lugar a la bioacumulación y, como se degradan lentamente, sus efectos sobre el medio ambiente son duraderos. En este tema tampoco hemos sido capaces de autorregularnos.

Hemos sido tan egoístas que han sido necesarias leyes que restrinjan nuestra actividad exterminadora y a pesar de eso cada año desaparecen 14 ó 15 millones de hectáreas de bosque, por poner sólo un ejemplo.

La humanidad es como un gigante que arrasa todo cuanto encuentra a su paso sólo para demostrar su poder. Un gigante que, cuando terminó de destruirlo todo, miró atrás y vio lágrimas y desesperación y alcanzando un estado de catarsis se dio cuenta del mal que había hecho y de lo que era peor aún...se dio cuenta de la irreversibilidad de sus acciones. Queríamos demostrar nuestro poder y lo hemos hecho, muchas veces excusándonos en el mandato de Dios: dominar al resto de seres. Dominar, que no exterminar.

La vida es una lucha en la que vence el más fuerte y nosotros nos hemos enfrentado con la inocente naturaleza. Ella, que todo lo da, y nosotros, que estamos

deseosos de demostrar nuestro poder, no hacemos otra cosa que sobreexplotarla en un gesto de puro egoísmo. Si alguien presencia una agresión a una persona que no tiene, por diversas razones, las mismas capacidades que su agresor y, por lo tanto, no tiene ninguna posibilidad de defenderse, es normal que cualquier testigo se sienta indignado y actúe para evitar el hecho o para mitigar sus efectos. Seguro que al imaginar la escena, muchos estarían de completamente seguros de que intervendrían y, si intervenimos cuando agraden a una persona, ¿por qué nos callamos cuando agraden al medio ambiente? ¿Porque nos creemos que la naturaleza es infinita? ¿Porque no grita cuando se la maltrata? Nadie puede criticar a nadie por esto, pues todos somos culpables en mayor o menor medida porque la pasividad también es una forma de ser culpables, pero lo que sí podemos hacer es unirnos para colaborar.

Pretendíamos compensar años y años de explotación incontrolada con el conservacionismo a ultranza, pero, como siempre, la perfección está en el equilibrio.

Ahora que nos hemos dado cuenta de que el maná se agota, de que a este ritmo no podemos continuar, de que todo tiene un principio y un fin, es cuando buscamos desesperadamente una solución, y la hemos encontrado: desarrollo sostenible; el equilibrio entre explotación incontrolada y conservacionismo a ultranza. Pero, el imaginar un proyecto no es más que el inicio del camino. Somos como el estudiante eternamente suspenso que se planifica y se convence a sí mismo de que va a trabajar duro y aprobará, pero no lo hace porque lo máximo a lo que llega es a imaginar...

No se trata de volver a vivir en cuevas y abrigarnos con pieles, pues sería renunciar a todo el desarrollo conseguido; se trata de demostrar nuestra inteligencia y encaminar nuestras acciones hacia un desarrollo sostenible, de actuar y no de hablar.

En 1992, en la Unión Europea, se elaboró el V programa de acción de la Comunidad en medio ambiente en el que se señalaba: “No podemos esperar...y no podemos equivocarnos”.

Tenemos que actuar ya para compensar la época de excesos que hemos vivido y para que las repercusiones futuras sean mínimas. Todos podemos colaborar, pues el desarrollo sostenible no es asunto sólo de gobiernos y es necesario algo más que firmar acuerdos.

Lo primero y principal es un cambio en la forma de pensar y eso sólo se consigue por medio de la educación y la concienciación ciudadana, para que cualquier persona de cualquier país y clase social sea conocedor de la repercusión de sus acciones, terminando así con la ignorancia de la población sobre este tema. También es necesario un mayor sentimiento de unidad y el saber que cualquier aportación por mínima e insignificante que parezca, es necesaria.

Cuando pensamos: “Porque hoy no recicle una botella de plástico no pasa nada”. ¿Qué ocurriría si toda una comunidad de vecinos hiciera lo mismo? ¿Y todo Madrid? ¿Europa? ¿El mundo entero? Ya no sería una botella, serían millones y millones de botellas de plástico que tardan unos 500 años en biodegradarse.

Además de leyes que controlen la explotación de las fuentes naturales de recursos, se necesita que sean verdaderamente eficaces. No sólo se tiene que sacar el máximo

partido a las materias primas sino también a los residuos: reutilizar y reciclar. Reutilizar cuantas veces se pueda un mismo producto para reducir su producción y reciclar, que aunque es cierto que es un proceso contaminante, evita que utilicemos más materias primas.

Se debe apoyar el desarrollo racional de la ciencia y no el desarrollo por el desarrollo. La ciencia contribuye de manera notable en la mejora de la calidad y en este caso nos puede ayudar a salvarnos de nosotros mismos al ser uno de los medios más importantes en el desarrollo de la sostenibilidad. Es la única que puede contribuir a generar sistemas de producción limpia.

El desarrollo sostenible, además de asegurar los recursos para el futuro, puede contribuir a la eliminación de la pobreza. La explotación de los recursos de países subdesarrollados se ha visto incrementada con la deuda externa que mantienen con los países ricos. Han aumentado sus exportaciones para pagar un eterno préstamo que no termina de saldarse, haciendo a los ricos más ricos y a los pobres, más pobres. La eliminación del abusivo préstamo y una producción acorde a las necesidades puede ser la solución.

La Unión Europea, una de las abanderadas del desarrollo sostenible, firmó con 19 países africanos acuerdos para obtener el derecho a pescar en sus aguas, derecho por el que les paga una miseria, y uno de los objetivos del desarrollo sostenible es acabar con la pobreza.

Por fortuna, la concienciación es cada vez mayor y se demuestra a través de, por ejemplo, dirigentes de comercios e industrias que aplican voluntariamente medidas para que sus acciones tengan unas repercusiones mínimas sobre el medio ambiente y la salud pública.

Hemos recorrido un cierto trecho en el camino hacia el desarrollo perfecto, pero todavía queda mucho por hacer: esto no es más que el principio. El desarrollo sostenible no es una utopía, es un proyecto perfectamente viable, pero, para que llegue a ser una auténtica realidad, es necesaria la colaboración mundial a todos los niveles y el renunciar a ciertos intereses propios a favor del medio ambiente y en detrimento de nuestros beneficios a corto plazo, porque como dice un proverbio indio “la Tierra no es una herencia de nuestros padres, sino un préstamo de nuestros hijos”.

Almudena García Carrasco